



Año II.—Madrid 11 de Enero de 1890.—Núm. 15.



Este periódico celebra el **primer concurso español de belleza** en condiciones mejores á los celebrados en el extranjero.

D^o Rosa San Antonio
v D. Pedro Carrascal.

APUNTES SEMANALES

No sé si cuando ustedes lean estos apuntes habremos estrenado gabinete ó si estaremos como estamos desde hace unos cuantos días, sin Gobierno.

Si he de decirles á ustedes la verdad, á mí esto me tiene sin cuidado, porque yo estoy seguro de que á mí no me llaman, y eso que no sería tan irrecusable como los López-Domínguez, Romero Robledo y demás Óscolas de la política.

Á última hora he sabido que Sagasta ha declinado el cargo de formar Ministerio, y que el poder moderador va á tomar consejo de los expresantes del ídem de ministros y de los expresantes de las Cámaras para resolver la crisis. ¡Quisiera yo estar en sitio donde pudiera oír estos consejos!

No sé qué resultará de ellos y de las conferencias que por docenas celebran estos días todos los hombres públicos de más ó menos talla, y conste que en lo de la talla no aludo á Aguilera, de quien no tengo noticia de que haya celebrado conferencia alguna.

Lo que me parece es que estamos amanecidos de una *cancoitis aguda* de malas consecuencias, si no inmediata, próxima.

Dios nos coja confesados y con dinero en el bolsillo.

Ya se va el trancoso.

Sin duda ya se ha cansado de apalearnos y ha decidido marcharse con la tranca á otra parte.

No tendrá queja el viajero de que en esta hidalga tierra no se le ha dado la hospitalidad debida á tan desagradablemente conocido personaje.

Todos ó casi todos, desde el potentado hasta el mendigo, desde el general hasta el último soldado, desde el que posee un título nobiliario hasta el que quizá ni nombre tiene, le han rendido homenaje y han doblado ante él la cintura... á fuerza del dolor de riñones, que es una de las primeras impresiones que se experimentan al conocer al señor de Trancoso.

Pero como no hay mal que por bien no venga, la enoquiada enfermedad ha sido causa de que la caridad del pueblo madrileño se ejerciera una vez más con el mismo entusiasmo que siempre que en parecidas ocasiones se ha acudido á sus buenos sentimientos en favor de los desheredados de la fortuna.

Un pueblo que así vela por sus desgraciados es merecedor de mejor suerte y de la alabanza de la humanidad entera.

Y á propósito del pueblo madrileño, ¿quieren ustedes decirme qué han hecho hasta ahora los nuevos concejales? ¿Resultarán todos ellos... *melados*?

Allá veremos.

F. JIMÉNEZ MOYA.

COLORINES

I

Los juegos contemplé de tus diez años,
adoré sin querer tu travessura
y tus planes diabólicos y extraños,
propios de toda hermosa criatura.

Yo frías en los quince; ya tenía
quien me escribías cartas de cariño,
á bailes y salones concurría,
y en cualquiera me hacía

un grave insulto con llamarme un niño.

A veces, por charlaras de travieso
y sembrar en un corral la algazara,
te sujetaba, te pedía un beso,
y tú causabas todo mi embellejo
llevándote las manos á la cara.

¡Y tapándote el rostro, siempre en vano
pugnando por salir de mis rodillas,
con un instinto de pudor temprano
asomaba el clavil de tus mejillas
entre los dedos de tu blanca mano!

II

Después, el tiempo se alejó risueño;
desdiciaste los juegos infantiles,
y tu cuerpo presto
la arrogancia logró de la estatura,
y curvas, y contornos, y perfiles,

con la imprevista rapidez de un sueño
cincelaron tu espléndida escultura.

Lejos las horas de candor divino
en que no me inclinaba tu figura
al darte un beso, para tí tan rudo,
que ponías las manos por escudo
del rostro alabastrino,
cuando la edad á transformarnos vino,
¿qué quedó entre nosotros? ¡Un saludo
formal al tropezar en el camino!

III

Pero y después?... Después... ¡Ah, vida mía!
¡Qué dulces horas de misterio y calmal
¡Una misma ilusión nos consumía
y en volcánicos besos parecía
que dejábamos germenes del alma!

Tú me hiciste soñar con los placeres,
robaste mi quietud y mi reposo...
¡Hoy busco lo imposible en las mujeres,
y sé que tú me quiteres,

y no me basta para ser dichoso!
Y cuando más mi desencanto empieza
con más afán deliro,
¡tengo más ansia cuanto más tristeza!

IV

Ayer, para curarme de un suspiro,
¡ban mis ojos en eterno giro
buscando en las estrellas su consuelo...
¡Hoy, que pierdo la fe, cuando le miro
aun me parece más azul el cielo!

RICARDO J. CATARINER.

UN DURO POR UN BESO

Al poeta Enrique G. Quezada.

¡No era cosa! Don Tomás, el amo de la tienda, el sempiterno regañón, dijo: ¡Muchachos, hoy es domingo, y á ver si dejáis todo bien arregiadito...! ¡Listos...

Ciriaco, al oír esto, sintió un gran gozo; y para qué he de decirlos que la parroquiana que le cupo en suerte salió mejorada en tercio y quinto... El metro se le alargaba al dichoso hortera... Dió el reloj la una, la una y media, las dos menos cuarto... y allá fueron á parar á los asantes las piezas de lana, seda y pelutín... mal arregladas, por supuesto... ¿quién lo duda?... pero, anda, que al día siguiente se levantaría él en cuanto Dios amaneciese, y en un periquete lo pondría todo en orden... ¡No que no!... Las barras cruzaron las hojas de las puertas... y Ciriaco se veía libre durante seis horas... seis siglos de placer con aquella su enamorada maritornes de la calle de Santa Isabel.

La sopa, los garbanzos, el trozo inverosímil de tocino, la microscópica ración de carne y el racimo de uvas desaparecieron como por ensalmo... Abrió la tapa del cofre, revolver la ropa, andarse en dimes y diretes de si se pondría tal traje negro, el de las grandes solemnidades, ó aquel otro color ceniza, la capa ó el gabán, la chistera ó el hongón, y, por último, optar por ir vestido á lo burgués rico, con la flamante pañosa y el sombrero color café, echarse al bolsillo tres duros que causaban tres vértigos, y hals que es tarde, bajar de cinco en cinco los escalones, largarse hasta la Puerta del Sol, tomar al asalto el tranvía y allí en la plataforma, pensando, innóvil como estatuas, hacerse las ilusiones de que los horteras también son hombres y pueden tener amores y gozar como cualquier otro mortal las horas de libertad que concede gruñendo y como de limosna un amo avariento y estúpido.

¡Vaya si tardaba!... Las tres, y ella sin parecer... ¿Estaría mala?... Y Ciriaco mira que te mira, enfilando los ojos hacia la calle de Santa Isabel... ¡Nada!... ¡Que me pase esto á mí...! Y pegando atroces chupetadas al *incroyable* de tres perros chicos, el pobre diablo iba de un extremo á otro de la acera tragando bilis y renegando del primero que le ocurrió tener novia... y lo que á él más le requemaba la sangre era el ver aquella fila, aquel aluvión de parejas amorosas que, con los trajes de gala, la risa en los labios y el hablar coqueto... ¡iban diciéndose... vaya usted á saber lo que se dirían los grandisimos bobalicones, acaso lo mismo que él tenía aprendido de no sé qué folletuco intitolado *Arte de enamorar á las bellas*.

¡Ella!... Y la máquina del corazón debió imprimir en el organismo de Ciriaco una impresión terrible... Los ojos le brillaron extraordinariamente no sé si de emoción ó de ansia, y los carrillos se le pusieron como el hierro encendido.

¡Guapezona era la criadilla!... *Beccato di hortera*, como quien dice, regordeta, freacachona, con mucho de perfiles curvilíneos, airosa, algo chula, un pañuelo de seda al cuello, un mantón nuevecito al talle, la falda de merino, los pies encerrados en botitas de becerro, y *aínda mais*, en la mano un pañuelo de hilo y un *antoucar* de seda.

Se saludaron yo no sé cómo, ella con timidez, él con pasión, y los dos con el mayor placer del mundo echaron a andar callede Atocha abajo, muy juntitos, muy agraraditos del brazo, y allí se perdieron en el fondo de aquel torrente de burguesía que iba a solzarse a las afueras, a darle al pulmón un poquillo de oxígeno puro para el resto de la semana.

El sol debió aquella tarde trinar de veras contra la tierra que le dejaba sin ver la conclusión de la aventura. Ciríaco, tendido en el santo suelo, la criadita junjo, y allá a dos metros de distancia un sombrero y el *antouear*... Estaban los jóvenes en esos momentos críticos en que la sangre es una loca que va y viene, da porrazos al corazón, se sube a la cabeza, se asoma a los ojos y vuelve a retroceder más de prisa, con mayor impetuosidad.

El niño empuja el sol ocultándose, la sombra conquistando el terreno, la soledad por testigo, y de allí, lejos del fondo de aquel inmenso cordón de tejados, torres e iglesias que se divisaba, esfumando sus aristas las tintas del anochecer, llegaba el confuso rumor de la ciudad viviente... Proseguía el niño... las bocas se juntaron... sonó un beso, y...

—¿A la prevención; no hay títo pásame el río!

—Le digo a usted, guarda, que esta joven es mi novia...

—Y este es mi novio.

—¡Pero... les parece a ustedes, ni medio regular el besarse en un sitio tan público!

—Pero si es reservado, y además, entre novios...

—¿Y si los ve el *ispetor*... qué hubiera sucedido?

—Nada... pero... nosotros... nada... en fin, tome usted.

Y Ciríaco dió al guarda un duro; una de aquellas tres hermosas piezas que causaban tres vértigos.

El guarda miró el *vil metal*, murmuró gracias y dijo:

—En lo sucesivo procuren ustedes no reincidir.

—¡Ah, por la cuenta que me tiemel! Le parece a usted barato un beso por un duro?... Pues a pocos que diera...

—No nos podríamos casar en *fanás de los jamases*—suspiró la criadita.

—Si los hoteras no somos personas, hay que desengañarse... para la vez primera que se le ocurre a uno... ¡zas!, el guarda.

Tal frase dió un agente de seguridad que la oyó la noche del doming de labios de un *caballero* que iba con una *señora* de pañuelo á la cabeza.

ALEJANDRO LARTEHIERA.

LOS PRIMEROS BESOS

Y estas frases, mi bien, que semejaron el rumor que en el bosque hacen las brisas, de tus labios de arcángel se escaparon andando entre sonrisas.

—¿Qué es un beso? ¿Es verdad que el alma, loca, pierde, al besar, su calma?

—¡Es cierto que al besar se quema el alma en el nido de fuego de la boca?

—¿Qué! ¿lo ignoras? El beso es un latido que el labio nada más traducir sabe.

¡Es un vapor suave de los lagos del alma desprendido! Contacto de dos llamas encendidas en el momento mismo de besarse... que cruce de dos vidas que tan sólo soñaban con cruzarse!

¡Una ventura irresistible y santa que al mismo cielo le produce agravios... una descarga eléctrica que imanta las almas y los labios!

¡Es juntarse á la par dos sentimientos que la pasión evoca, es fundirse á la vez dos pensamientos, es trocar los alientos, es dormir una boca en otré boca!

Mis últimas palabras se apagarón cual los rumores en la brisa presos; apenas si temblantes se escucharon, porque apenas brotaron tú las ahogaste con tus locos besos!

Más tarde, desmayada te recogí en mis brazos, á tus pies, desahogada, se hallaba tu corona hecha pedaxos. Y en tanto que la luna misteriosa iba calladamente blanqueando tu cabeza de diosa, yo te dije al oído sollozando:

—¡Ya ves cómo es verdad que el alma, loca,

pierde, al besar, su calma
—¡Ya ves cuán cierto que se abrasa el alma cuando sale, hecha besos, á la boca!

FERNANDO VALDIVIA.

DE VENTANA Á VENTANA

—Buenos días, *señá* Pepa.

—*Señá* Juana, buenos días.

—¿Está usted fregando?—Fregó, ¿y usted?—Lo mismo; de limpia.

—Diga *no* ha visto *hacé* *mencho*?—*Usted* *díra*...—¿A aquella *chica*... que vivía en el tercero...?

—Calle, por Dios, que la indina pasó ayer tarde á mi lado; no dijo esta boca es mía... Por supuesto, que el orgullo... —Sí, la tiene consumida.

—¡Y otras cosas!—Me pareció —¿Sabe usted lo que comía, según dice el *carnicero*? Cuatro cuartos de cordilla, como los gatos.—Y en cambio, ¡qué lujo y qué presumida!

—Y ahora, aquí para *inter nos*, no estarían *mermaidas* las *plirafas* que *digamos*... —En esa *carnicería*... por cada libra se sacan tres cuarterones de *ajá*.

—Y por cierto ¿usted se acuerda del marido de la prima de la Pelos?—No recuerdo.

—Mujer, el de aquella *típa* que lleva un *peináo* redondo que parece una *morcilla*.

—Ah, sí, sí.—Pues he observado que el gran tunante la mira... —¿La *morcilla*?—No, señora.

—Ya caigo.—¿Quién lo diría! —La paz de ese matrimonio no es una paz muy *pacífica*, y esto no es precisamente que yo tan sólo lo diga.

—El se dedica al *matrupe*.

—Pues ella á sacarse *libras* y *libras* entre las medias y el pellejo.—¿Que *gorrinal*?

—De la fábrica.—Comprendo.

—Y si viene con la *pitima* del *pariente*, que es muy *bestia*, la *suelta* cada *paliza*.

—¿Que el día menos pensado la rompe alguna *costilla*?

—Tanto es así, que el casero... —No diga usted más *vecina*.

—La ha perdonado seis meses.

—Seis meses!—Que le *dehían*, *Mas*, con su cuenta y razón.

—Calle usted, que me da *grima* que ande así un *viejo* de ochenta y aquella cara de *cripa*... —Como tuvo las *viruelas* el año de la *Nautila*...

—Y á que no me acierta usted quien sirve de *recadista*.

—Yo que sé! Será el portero.

—El maestro de obra prima.

—Buen *peine* está.—Y *alimbrado* siempre.—Me quita la vida su *martillo*...—Y á mí los *cátos* me ha hecho *trizas*.

—Y él no será buen portero, pero servir...—¡Si eso irrita!

—Está bien con los segundos, con los que el segundo *habitan*, á pesar de que los *ehicos* le *ensucian* la *escalafilla* de la *cueva*...—Se *entretienen* en *escupir* desde arriba.

—Son de la piel del *demonio*.

—Sí; pero le *sueltan* *guita*.

—El otro día pusieron las *tablas* *resbaladizas* con *jabón* de ese *barato* que *gastan* en su *cochina*, y al bajar por la *escalera* el bruto de la *guardilla*...

—Se cayó?—¿Quia, no señora! les *pegó* una *sopapina*...

—Y el padre?—No dijo *na*; la madre *chilla* que *chilla* se estuvo dos ó tres horas.

—Y qué *dijo*?—¡Ave María! Señora, lo siento mucho...

—Como quiere que *repita*...

—¿Qué *gentes*!—¿Qué *vecindad* para unas *damas* tan *finas*!

—Vaya, que usted *sigá* *bien*.

—Adios (ya pasó revista).

—¡Jesús que *murmuradoral*!

—(Es de oro la *vecindad*).

FERNANDO VALDIVIA.



—¡Vicenta, Vicental!

—¡Voy! ¿Qué quieres?

—Vístete en seguida, que tengo billetes para el teatro.

—De veras? ¡Ay, qué gusto!

—Sí, anda; arreglate pronto, porque es tarde.

—En menos de cinco minutos estoy lista. Y di, ¿quién te ha *rañado* los billetes?

—No sé... ¡mi *hacé* falta saberlo! El caso es que aquí tengo dos *butacas* para la *Alhambra*, y que son para *toda* la noche!

—¿Para las cuatro funciones? ¿Qué bien! ¡Y yo que *hacé* tanto *tiempo* que no voy al teatro!... Bueno, voy á *vestirme*.

—¿Estás ya *arreglada*?

—Sí.

—¿Has *acostado* á la *niña*?

—Está durmiendo *hacé* *rato*.

—Pues andando. Venga la *llave*. Perfectamente.

—¿Cáspita, las ocho y *medial* Vamos á *llegar* á la *mitad* de la *primera* función. ¡Esto de *vivir* en la *puerta* de *Toledo*!...



EMOCIONES DE UNA NIÑA



Acaban de comprarme para guardar los ahorros de bebé.



Con qué alegría se me recibe. Bebé me estrena con diez céntimos.



El papá me obsequia con un duro.



Y la abuela me festeja con una moneda de cinco duros. Esto me hace llorar de alegría.



¡Ha pasado un mes... y ya nadie se acuerda de mí!



¿Qué oigo? Vienen a mí... ¡Qué dicha!



¡Pero qué!... Me parece que conspiran contra mí.



¡Cielos!... ¡Tenedme compasión! ¡Mi última hora ha sonado ya!

Perfiles y borrones.



Aquí tienen ustedes un padre y un hijo que se embozan de igual modo.



Ya verán ustedes cómo á ella se le cae la sombrilla, él la coge, etc., etc.



Esta joven, que es bella y agraciada, está en cuestión de modas atrasada.

Una pareja que cuando baila suele perder el compás.



¡Ah! Cuando en mis delirios de poeta gigante todo el Universo cruzo, si tropezara al mundo en mi camino... ¡qué puntapié le-pegaría al mundo.

CATAMBU.



Esta es la señora de Delgado, aunque le esté mal el decirlo.

Basselly

—Tomaremos el tranvía.
 —Para llegar más tarde, lo único. Mejor será un coche.
 —Si; pero eso cuesta una peseta.
 —Es cierto; pero, al fin y al cabo, el teatro nos sale por una friolera...
 —Tu verás.
 —Sí, sí, decididamente; un coche. ¿Que demonio, un día es un día! ¡Eh, cochero!... Al teatro de la Alhambra; mejor deprisita ¡eh! Sube Vicenta. Ajaja. Buen movimiento tiene este simón.
 —Oye, Felipe, ¿qué funciones hacen?
 —Ya verás; unas muy bonitas: *Año nacional. El panorama pasarlo por agua...* ¡Nos vamos a divertir de lo lindo!
 —Pero ¿quién te habrá mandado los billetes?
 —Quién sabe. Venir bajo un sobre; sin letra ni nada.
 —Por fin llegamos. Baja, Vicenta. Tómese usted, cochero, una peseta de la carrera y estos diez céntimos de propina. Pero ¿cómo es que no han encendido todavía?
 —¿Yes tú? Es temprano, y hemos gastado inútilmente en el coche.
 —A ver qué hora es... ¡Las nueve y diez!
 —¡Irás mal tu reloj!
 —¡Cá; lo puse ayer con la Trinidad y no adelanta ni atrasa un segundo.
 —Pues por fuerza va mal.
 —No es posible... y, sin embargo, al no haber encendido aún...
 —Dárennos una vaguita para hacer tiempo.
 —Espera; voy a preguntar en el despacho.
 —¿No ves que está cerrado?
 —Es verdad; no había reparado. Preguntaré en contaduría; allí tiene que haber alguien seguramente... Tan, tan. ¿Da usted su permiso? (No contestan...)
 —¡Llama más fuerte!
 —¡Tan, tan! ¿Se puede pasar?... ¡Toma; pues si está echada la llave! Quédate ahí, Vicenta, que yo voy a ver si encuentro por aquí dentro a algún empleado. ¡Corcholis, qué obsequio está esto!
 —Vicenta, Vicenta! ¡Nos hemos lucido!
 —¿Qué ocurre?
 —¡Que no hay función! ¡Que la empresa ha cerrado el teatro hace más de quince días!
 —Entonces, esos billetes...?
 —Habrás sido un bromazo de algún amigo.
 —¡Torpe! ¡Más que torpe! Siempre te pasa lo mismo.
 —La culpa no es mía, sino...
 —¡Yo que iba a estar en la gloria viendo las funciones!
 —Pues mira, ¡perdidito por uno, perdido por ciento! Si aquí llabas a estar en la gloria, yo te llevaré al *paraiso*.
 Y el donación de Felipe llevó a su esposa al teatro de Lara a un anfiteatro segundo.
 Al *paraiso*, como le había ofrecido.

RICARDO SOTO Y PEDREÑO.



D. C. T.—No, señor; no es publicable. Respecto a los números atrasados los que en otra sección de este mismo número se dice.

D. M. F. T.

Y en esa ilusión absorbido
 y en pensar en lo *rápido*,
 ya me sale un verso *largo*,
 ya me sale un verso *corto*.

Y convenga conmigo en que de aquí no podemos pasar adelante.

TODAVÍA COLEA...

EL CERTAMEN DE SONETOS

Sobre motivos de nuestro certamen de sonetos, hemos recibido las poesías que publicamos a continuación.

Aunque con algunas afirmaciones que en las mismas se hacen no estamos en un todo conformes, no por eso dejamos de insertarlas, dando así prueba de nuestra imparcialidad.

DESPUÉS DEL CERTAMEN

Era grande el tropel; el clamoreo
 frenético y sin tregua; parecía
 haber sonado la fatal trompeta

de que habla la visión apocalíptica.
 Apolo, de las musas rodeado,
 liorosas unas y las más activas,
 ocupaba su trono de laureles
 estrujando en sus manos un libro.
 Por fin reinó el silencio y dió principio
 al *juicio oral* el dios de la poesía.
 La causa que iba a verse y que era grave,
 según dijo con frase muy sentida,
 era la motivada há poco tiempo
 por una turba de *sonetistas*,
 que sin respeto alguno á la vejez
 hollarán sin piedad sus sagradas.
 El fiscal del Parnaso leyó, apuntó
 sus conclusiones, en las que pedía
 la libre abolición de diez y nueve
 sonetos que juzgar toa á la crítica;
 de otros ochenta y tres muerte inmediata,
 siendo á más aventadas sus cenizas,
 y otros cuarenta y cuatro aun postales
 que fueran condenados de por vida
 á sufrir el desprecio del buen gusto
 y del común sentido las distancias.
 Hizo pasar sensación esta lectura
 y hubo muchos amores, que espiguada
 dominó el presidente sacudiendo
 con coraje las cuentas de su lira.
 Por mandato del mismo de sus puestos
 se alzaron en triunfante comitiva
 los diez y nueve absueltos, que ostentaban
 en gallarda apostura sus insignias.
 Era: *La voluntad y La impureza*,
Lo insensible, lo imposible, La justicia,
 un *dato más, Dulce tormento, Un hombre*,
 un *Soneto* (que más se le pedía),
Una dinda, Un certamen ignorado,
La libertad, Progreso, A... una niña,
Amistad, Por probar... otro soneto
 que lleva en vez de título la misma
 pregunta que fué tema del certamen
 que el presente proceso ahora motiva,
 y otro que á levantarse no se atreve
 por ser *Vanitas omnia* su divisa.
 —Id si mundo, Apolo les ordena
 con vosotros entienda la crítica,
 y si estáis bien premiados los premiados
 y otros victimas saca de la injusticia
 en que el sufragio universal incurre
 cuando interviene en lo que no es política
 y exige inteligencia y buen criterio,
 su inapelable tribunal decida.
 Y ahora, para escaramiento de cuitados,
 que emborronando sin temor cuartillas
 derraman en el mundo del buen gusto
 pernicioso veneno con su tinta,
 enciéñase la hoguera y de principio
 el auto de los malos á mi vista.—
 Dijo, y estramecia la asamblea
 vió preparar la formidable pira
 que presto iluminó todo el Parnaso
 con su siniestra claridad rojiza.
 De la sentencia cien ejecutores
 en atar á los reos dábanse prisa,
 y á los *cojos*, y *mancos*, y *gibosos*,
 fueron poniendo en ordenada fila,
 causando el contemplar tanto esperpento
 asco á la vez que horror, espanto y grima.
 Cuando iba á dar comienzo la sentencia
 cayeron doce *reos* de espaldas
 y no soncos *sonetistas* exclamaron:
A una Venus, Sin nombre, A Eloisa,
A una hermosa, Récurrir, En de siempre,
Aquí estoy yo, La Beata, La manja...
 un *Soneto* (sin nombre), *Un emigrante*,
 y parece mental Mas se indigna
 de tal alegación el dios Apolo
 y poniéndose en pie, furioso grita:
 —Que quemen los primeros á estos doce
 que han usurpado en arrogancia etnea
 un nombre respetable y respetado
 que á ellos mismos que á nadie convenía;
 que con la mascarilla de sonetos
 en certamen entrar ¡meaos! querían
 alterado á su antojo caprichoso
 la ley invariable de la rima.—
 Y sin apelación fueron quemados
 en medio de una inmensa vocería.
 Después fueron echados á la hoguera
 setenta y uno más; y ya cumplida
 la sentencia fatal, se arrojó al viento
 el montón miserable de cenizas.
 Quedan cuarenta y cuatro en el recinto

que, mudos, tiemblan por sus tristes vidas,
 á los cuales se ordena con escobas
 hacen salir de la mansión olímpica;
 y al empezar el colosal barrido
 ahogado en polvo y humo yo tosía
 y... abrí entonces los ojos comprendiendo
 haber sufrido horrible pesadilla.
 No volveré ya más á preocuparme,
 si es que anuncia mañana ú otro día,
 un certamen igual ó parecido
 cualquier otro periódico ó revista.

José MANUEL DE VILLENA

A MIS CIEN... ELECTORES

Señores míos: acabo
 de ver, con gran complacencia,
 el interés con que ustedes
 se han lanzado á la pelea,
 rompiendo lanzas por este
 pobre y oscuro poeta,
 (pase el mote) que no sabe
 cómo pagar tal fineza.
 Gracias, mil gracias, señores...
 vengan esas manos, veigan,
 y aprieten, que no hay cuidado
 que yo exhale ni una queja.
 La victoria, amigos míos,
 no ha sido, es verdad, completa,
 mas que diabló un lugar
 logró en la segunda terna,
 y esto ya es algo... Otra vez
 será un poco más... Paciencia.
 Después de todo, yo creo
 que los tres de la primera
 no han logrado con su triunfo
 alcanzar ninguna breca,
 ¡Ser redactores con sueldo!
 ¡ganar unas pesetitas!
 ¿Pero cómo? ¡Trabajando,
 rompiéndose la mollera,
 constantemente poniendo
 su imaginación en prensa!
 Yo, en cambio, MADRID ALEGRE
 leeré sin soltar siquiera
 ni un solo céntimo (gracias
 á la generosa oferta

del director) mientras dure
 su publicación, y quiera
 Dios que dure hasta que nietos
 lleguen á tener mis nietas,
 que será, allá por el año
 mil novecientos noventa (1).
 Pero, en fin, dejando á un lado
 todas estas emendaciones,
 yo, señores, la verdad...
 cuando pienso que en la tierra
 ha habido cien españoles
 que han dicho que consideran
 á mi soneto el mejor
 entre unos ciento cincuenta...
 vamos... se me cae la baba
 como á los niños de teta.
 ¡Haber cien á quienes gusta
 mi soneto... ¡friolera!
 ¡Poder decir á Manuel
 del Palacio... *adiós colega!*
 ¡Tener cien votos, señores,
 en la elección más sincera,
 que se ha efectuado en España
 desde que rige el sistema!
 ¡Considerar que por menos
 ingresan en la Academia
 los que pulen, limpian, fijan
 y espléndan dan á la lengua!
 Vamos... Cuando pienso en ello
 casi me siento poeta
 de verdad... ¿Cómo pagarles
 á ustedes?... ¡Ah! Una idea...

Pongo á su disposición
 mis aptitudes... ¡¡poéticas!!
 por si utilizarlas quisieran
 en los casos en que sea
 necesario disparar
 unos rípios á cualquiera.
 Yo les haré seguidillas,
 romances, odas, cuartetas,
 elegías, villancicos,
 octavas reales y endechas...
 madrigales para novias,
 epítomas para suegras,
 epigramas para viudas
 y sonetos y poemas

al sol, á la luna, al cielo,
 al aire y á las estrellas.
 En fin, en cuestión de copias
 todo lo que ustedes quieran.
 Y concluyo: adiós, señores,
 adios, salud y pesetas.
 Cuidado con el trancazo,
 dengue, gripe ó influenza,
 y mucho más todavía
 con otra plaga que infesta
 hoy la sociedad... Mucho ojo
 con ratas de la rala...
 de nuestro desde hoy amigo
 JULIO ROMERO GAMBENIA.

REMITIDO

Al director del MADRID ALEGRE, con motivo del certamen poético
 celebrado en su semanario.

Mi querido director:
 anduvo usted engañado
 al hacer el enunciado
 del certamen; sí, señor;
 no dijera la mejor,
 dijera la más votada
 y entonces cosa es probada
 que grande verdad diría,
 pues no es la mejor poesía
 la que ha sido laureada.

No lo digo por despecho,
 se lo digo como amigo,
 pero sé que á lo que digo
 dirá usted: «lo hecho pecho»;
 es verdad, pero el hecho
 es objeto de mi examen...
 ¿creo usted legal el dictamen
 con esos votos concretos?...
 ¡Pues no son esos sonetos
 los mejores del certamen!

Doscientos setenta y pico
 de votos, demuestran sólo,
 desde el uso al otro polo,
 ¡y es cierto como lo indicó
 que ese autor, bastante rico,

tantos números compró,
 las cédulas recortó,
 y votándose de destajo
 exclamó con desparajo:
 ¡el mejor poeta, yo!

Por lo cual es mi opinión,
 mi director muy amado,
 que anduvo usted engañado
 en lo de la votación;
 no señala la elección
 los tres sonetos mejores,
 pues los de esos tres sonetos
 no tienen nada de buenos
 y están de defectos llenos,
 aunque no son los peores.

Alguno versó mal medido,
 mucho *imbre, ambre y ombra*,
 algún rípió entre la sombra
 y un pleonasmo malfechado,
 mucha frase sin sentido
 y obscuridad en la idea;
 una construcción muy fea,
 finales sin valentía,
 como manda la poesía...
 y, en fin, que no sirten, ¡eal!

ENRIQUE VÁZQUEZ CASO.

Ricardo Alvarez, Impresor, Ronda de Atocha, 15. Madrid.—Teléfono 809.

¿CUAL ES EL MEJOR REQUIEBRO QUE SE PUEDE DECIR A UNA MUJER?

Segundo certamen literario de MADRID ALEGRE.

Requiebros recibidos.

- I
 Esos ojitos gachones
 me están haciendo caer
 in *dicax in tantationem*.
 JOSÉ ALVAREZ DE MIRANDA.
- II
 Merece usted tomar parte en el concurso de belleza de MADRID
 ALEGRE.—J. P. E.
- III
 ¡Qué honrada eres!—LUIS PASCAL FRUTOS.
- IV
 Si te viera la Venus se moría de envidia.—JUAN RASCAL FRUTOS.
- V
 Para belleza las señoritas que componen el concurso.—NICOLÁS
 PASCAL FRUTOS.
- VI
 Es usted la luz de mis ojos y el consuelo de mis pesares.—ENRIQUE
 MARTÍNEZ.
- VII
 Es usted muy graciosa, y muy chiquita, y muy bonita, y muy vir-
 tuosa.—A. MARTÍNEZ BERGA.
- VIII
 Olé, graciosa; vale usted más pesetas que garbanos se comen en
 todo el universo.—JOSÉ MARTÍNEZ

- IX
 ¡Es usted de *buten!* ¡Permita Dios que hagan papa al cura que la
 bautizó! [Resalerosal!—ISIDORO DE OJEDA.
- X
 Que no se muera nunca ni llegue á vieja.—FRANCISCO NIETA.
- XI
 Á UNA TUERTA
 Tiene usted más mérito que el santo de Valdepeñas.—ANTÓN P.
 RUIZ.
- XII
 Alma de mi alma, ha embargado usted mi corazón con sus hechi-
 zos.—GERMÁN VALLE.
- XIII
 ¡Qué ojos, como luceros!
 ¡Qué movimientos tan sandungueros!
 ¡Y olé tu *mare, tu marecita salá!*—J. MARTÍNEZ CALEROS.
- XIV
 Usted fuera pan y yo perro, *aum...* me la comía.—FERNANDO
 ARIAS.
- XV
 Es usted el original de la belleza.—PABLO COXREGADO.
- XVI
 No será el mejor requiebro, pero sí el que más agrada á una mujer
 el que le digan: ¡Hermosa!—J. ORTIZ DE BERGOS.

(Se continuará.)

Dos retratos.



Don Pedro Pérez Picio,
teniente retirado del servicio.



Un hombre de los más serenos.

15
CÉNTIMOS
NÚMERO
para
el público.

MADRID ALEGRE

SEMANARIO FESTIVO

Se publica los sábados.

10
CÉNTIMOS
NÚMERO
4 correspondientes
y vendedores.

Contiene artículos y poesías de los más renombrados literatos y poetas, caricaturas de los mejores dibujantes, y excelentes fotogramas. Celebra el *primer concurso español de belleza*, en condiciones superiores á los verificados hasta ahora en el extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Península: trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 5; año, 8.—Extranjero y Ultramar: año, 15 pesetas.

DIFERENTES MODOS DE SUSCRIBIRSE

La suscripción á este periódico se puede hacer de los tres modos siguientes:

1.º Enviando, en carta dirigida al Administrador, el importe del plazo por que se haga la suscripción, en libranzas del Giro Mutuo ó letras de fácil cobro.

2.º Haciendo pedidos de libros á esta Empresa, pues damos un mes de suscripción gratis por cada seis pesetas de obras cualesquiera que se nos pidan, y por cada cinco, si están comprendidas en nuestras *Obras recomendadas*.

3.º Proporcionando diez suscripciones á MADRID ALEGRE; pues al que esto haga le serviremos la suya gratis por el mismo plazo que comprendan aquéllas.

LOS SUSCRIPTORES Á MADRID ALEGRE TIENEN DERECHO

á que, tanto en la inserción de composiciones como en la publicación de retratos del concurso de belleza, se les prefiera, en igualdad de condiciones, á los que no lo son. Todo suscriptor puede indicar á la Dirección de MADRID ALEGRE las mejoras que en el mismo pudieran hacerse en opinión suya, en la seguridad de que se atenderán, á ser posible, sus indicaciones. Si se publicasen extraordinarios, los señores suscriptores los recibirán gratis.

Á LOS SEÑORES CORRESPONSALES

advertimos que se les enviarán sus liquidaciones á fin de mes, y que se suspenderá el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 10 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración, Arco de Santa María, 10 y 12, 1.º

Despacho: Todos los días de 3 á 6 de la tarde.

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus chocolates.

Medalla de oro, por sus cafés.

Medalla de oro, por sus tapiocas.

Depósito general: CALLE MAYOR, 18 y 20.

Sucursal: MONTERA, 8.

MADRID

EL MANÁ

Y LOS

DOS CISNES

Para buenos chocolates, té, cafés y toda clase de comestibles finos, la casa de

MERINO Y GALLO

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

11, INFANTAS, 11

Teléfono 1.019.